
la Academia

Calasanciana.

Fundador: RDMO. P. EDUARDO LLANAS, SCH. P.

El plan divino y los destinos humanos ⁽¹⁾

I

NADA importa tanto al hombre como saber a qué atenerse, ya respecto de su origen, ya respecto de su destino, ya respecto del camino que recorrer debe para pasar del primero al segundo. Al lado de ésta, todas las otras cuestiones tienen un interés por demás secundario. Que la gravitación provenga de la presión etérea sobre las moléculas de los cuerpos, o bien sea efecto de choques debidos a la fuerza repulsiva de los átomos elementales; ¿a mí qué me importa? Que la materia en sus partículas más diminutas sea homogénea o bien deje de serlo; ¿puede esto perturbar el fondo de mi individual existencia? Pero

(1) A la amabilidad del Rdo. P. Honorato Aumallé, debemos la serie de artículos, inéditos, que hoy empezamos a publicar, de nuestro querido e inolvidable Fundador el Rdo. P. Eduardo Llanas (q. d. D. g.).—NOTA DE LA DIRECCIÓN.

sí me atañe muy de cerca, y sobre todo me incumbe averiguar, si existe un Sér superior al Universo visible, si ese Sér ha condicionado mi existencia, si ha determinado mis destinos, si de ellos me ha hecho responsable, si se circunscriben al tiempo o se ensanchan por los inconmensurables ámbitos de la eternidad, y por último, si debo ir solo y moviéndome a impulsos de mi propia iniciativa, para lograr el final de mi existencia, o si por el contrario, debo fiar mi propia nave al Piloto Unico que conoce el derrotero que ha de seguir, por entre ásperos escollos y peligrosos arrecifes, a través de tinieblas densísimas, a despecho de tempestades furiosas, hasta depositarla tranquilamente en las brillantes playas de una eternidad dichosa. Eso es lo que necesito saber si algún empeño tengo en vivir como sér racional y libre. Todo lo demás tiene para mí interés subordinado. A todo lo demás sólo puedo concederle valor relativo.

Y para proceder con orden en mis investigaciones debo ante todo proponerme esta tan antigua como asendereada cuestión: ¿Existe un Sér Creador y conservador del Universo, principio y fin de todas las cosas? ¡Y cuánto se ha hablado y escrito sobre esta cuestión desde los tiempos más remotos! Aun no había la Grecia producido un solo filósofo, ni un solo poeta, y ya el rey y Profeta David lamentaba la existencia de los ateos y los desastrosos efectos del ateísmo: *Dijo el necio en su corazón: no hay Dios. Se han corrompido y abominables se han hecho en sus deseos; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien tenga inteligencia, o quien busque a Dios.* (Salmo 13). Quizás sea ese el más antiguo testimonio de un ateísmo positivo. Ahora quien pretenda formarse una idea, bien que no sea sino aproximada de las contiendas de los filósofos sobre esa cuestión, lea el hermoso libro de Cicerón, titulado *De Natura Deorum*, o bien hojee el no menos hermoso de Fenelon *Traité de l'existence de Dieu*. Por ahí vendrá en conocimiento de que la tal cuestión siempre ha sido planteada en los mismos tér-

minos y siempre en ella se han aducido los mismos argumentos; porque siempre los ateos han afirmado que el Universo y los seres que lo componen llevan en sí mismos la razón de su existencia, a la par que los teistas han proclamado la necesidad de una Causa primera, inteligente y pródiga, a la cual debe el Universo, su existencia, sus leyes, su hermosura, su armonioso mecanismo.

Y no es esto decir que la humanidad se haya desde antiguo dividido en dos campos, el de los ateos y el de los teistas; porque la universalidad de los hombres, cualquiera haya sido su grado de civilización y de cultura, despreciando las eternas y acaloradas disputas de los sabios, han presupuesto siempre resuelta en sentido afirmativo la cuestión de la existencia de Dios. Y cual si para ellos fuera esa verdad la más innegable, a la vez que la más fecunda y trascendental, sobre ella han constituido todos los organismos sociales, sobre ella han basado el edificio de su propia nacionalidad, sobre ella han cimentado el orden doméstico, a ella han acomodado el espíritu de las leyes, las tendencias de sus instituciones, la moral de sus costumbres públicas y privadas, y a ella han debido aliento en sus empresas, éxito feliz en sus proyectos, moderación en sus glorias, consuelo en sus infortunios, valor y resignación en sus inopinadas y tremendas catástrofes. Las predicaciones ateas jamás han hallado resonancia en la conciencia de los pueblos; y éstos han adquirido una fisonomía histórica en relación con la idea que de Dios se han formado.

Y no sólo puede asegurarse que la humanidad jamás ha sido atea; sino que hombres de una inteligencia clarísima han llegado a dudar de la existencia de verdaderos y convencidos ateos. San Agustín, por no citar autores modernos, cree que el ateísmo no puede recibir pleno asenso por parte del espíritu humano, bien que reconoce que la relajación de costumbres puede inclinar efectivamente a no pocos a que deseen no haya un Dios fiscalizador de su conducta, ya que no vengador de sus graves delitos. Cicerón opina de la misma

manera, y aun añade estas significativas palabras: *Omnibus enim innatum est, et in animo quasi insculptum, esse Deos*. Y aún en el mismo Tratado asegura que es lícito discutir sobre la naturaleza de la Divinidad, pero no sobre su existencia. Como quiera, es lo cierto que la discusión ha existido, y que hoy más que nunca es la existencia de Dios, por parte de algunos sabios, objeto de empeñadas controversias.

Pero si la humanidad jamás ha negado a Dios, y si los mismos ateos constituyen excepciones sospechosas en la asamblea de verdaderos sabios: ¿cómo puede el ateísmo presentarse en público autorizado con credenciales expedidas en nombre de la ciencia? De uno y otro señalan la razón las siguientes palabras de S. Agustín: *Deus ubique secretus, ubique publicus, quem nulli licet, ut est, cognoscere, et quem nemo permittitur ignorare*; las cuales, vertidas al romance, dicen: Dios, siempre y en todas partes, secreto y público, ni puede ser en su esencia conocido, ni puede ser tampoco ignorado. El ateísmo tiene razón de ser, desde que la ciencia pretende averiguar si debe admitirse un sér perfectísimo, simplicísimo, eterno, Trino y Uno, e infinito en toda clase de perfecciones; pero la misma ciencia condena al ateísmo desde que limita su tarea a la averiguación del origen y causa de cuanto existe. Si la ciencia pretende escudriñar la naturaleza de Dios, acabará por confesar su impotencia, y el ateísmo se presentará entonces, no como una conclusión científica, sino como efecto de un procedimiento científico desatentado. La ciencia no puede remontarse directamente hasta la esencia de Dios; y si no llega hasta el trono de la Divinidad es porque éste brilla en regiones inaccesibles a nuestra mirada. Pero Dios es el Autor y el Gobernador del Universo, y la ciencia puede investigar si en efecto el Universo se basta a sí mismo, en orden a su origen y a su desarrollo, o si necesita de un Sér Superior al mismo, y el cual deba la existencia originaria y las leyes a que está sometido. Este examen incumbe a la ciencia, y hecho con imparcialidad conduce a la solución del problema relativo a la existencia de Dios.

De tener en cuenta la doctrina de Sto. Tomás sobre esta materia, ya que de todo en todo no se hubiera evitado la controversia, seguramente que hubiera sido menos porfiada y más ocasionada también a un avenimiento. Cree y enseña el santo Doctor, que si bien la existencia de Dios no es demostrable a priori, como decimos los modernos, o *secundum quid*, como él dice en lenguaje escolástico, lo es empero a posteriori, esto es, por razón de sus efectos u operaciones; porque, dice el Santo, cuando un efecto nos es mejor conocido que su causa, del conocimiento del efecto pasamos al conocimiento de la causa. Y como todos los seres son efectos dependientes de la Causa primera, que es Dios, aunque ésta no nos sea en sí misma conocida, fácilmente podemos subir hasta su conocimiento por la consideración de los efectos que ha producido y con ella se hallan relacionados. Esto es puntualmente lo que se lee en el libro de la Sabiduría, capítulo 13: «Por la grandeza de la imagen y de la criatura cognoscitivamente puede verse su Creador». Y con esto viene bien lo que S. Pablo decía de los filósofos paganos: «Manifiesto tenían lo que de Dios puede conocerse, puesto que las cosas de El invisibles, después de la creación del mundo, vense por la consideración de las cosas criadas, bien así como su virtud eterna y su divinidad, de modo que son inexcusables, pues aunque conocieron a Dios, no le glorificaron como a Dios.»

El mismo Apóstol S. Pablo, pretendiendo en el Areópago de Atenas demostrar la existencia del Dios verdadero, lejos anduvo de recorrer los procedimientos más trillados de las Teodiceas modernas. Insistió en la necesidad de un Autor de la naturaleza visible, al cual todos los seres del Universo, incluso el hombre, deben su origen y su conservación, y por este medio llevó el conocimiento a muchos de aquellos filósofos. A buena cuenta que no hubiera logrado su objeto, si remontándose a las regiones de lo invisible, eterno e infinito, o descendiendo a las oscuras profundidades de la metafísica, hubiera pretendido poner de manifiesto la idea su-

blime que de Dios tenía él formada. Por igual manera perdería lastimosamente el tiempo quien hoy se propusiera confundir las afirmaciones de los ateos, pretendiendo encaminar derechamente su discurso hacia la divinidad, ya que está fuera de toda duda que la ciencia, en sus tímidas y nebulosas excursiones, no halla más que seres finitos y condicionados, y jamás ha dado con lo absoluto e incondicional, con lo eterno e infinito, cuya presencia se le anuncia y promete. De aquí, que las ciencias físico-naturales, o sea las ciencias basadas en la experiencia y observación, sean las más decididas mantenedoras del ateísmo; y de aquí también, la necesidad de demostrar a esas ciencias, y mejor dicho, a algunos sabios que toman su representación, que lo condicionado y lo transitorio y todo cuanto cae bajo nuestra observación y experiencia, nos lleva como por la mano hasta lo Incondicional y Absoluto, hasta lo Eterno e Invisible. En los efectos hay que buscar la causa, en las obras al Artífice, en las criaturas al Creador, ya que esa Causa, ese Artífice, ese Creador, no está al alcance de nuestras miradas, y sólo puede aparecer como término de nuestras investigaciones.

Tal fué el camino indicado precisamente por el más sabio de los Doctores Católicos, el Angel de las Escuelas, la inteligencia más comprensiva y perspicaz de que la humanidad puede gloriarse. Fija su escrutadora mirada en el mecanismo del Universo y bien pronto observa que los seres que en él evolucionan se aplican a escribir en grandes e imborrables caracteres el nombre del Hacedor Supremo. Cierito que en tiempo de Sto. Tomás las ciencias físico-naturales no habían hecho las conquistas de que tan envanecidos estamos los modernos, y que hasta nuestros días tenía una idea poco ajustada del mecanismo del Universo, de la antigüedad de los mundos cosmogónicos, de la génesis y parentesco de los seres orgánicos; cierto que los argumentos aducidos por los Tomistas, a causa de lo limitado de los conocimientos físico-naturales en ellos expuestos, son desdeñosamente despreciados por los modernos ateistas; mas esto

no empece que tales argumentos no sean perfectamente rigurosos, bien que hoy convenga aderezarlos con los atavíos elaborados por la cultura moderna. Si los adelantos de la ciencia hubieran en lo más mínimo debilitado la antigua argumentación relativa a la existencia de Dios, bien podíamos renunciar a dar jamás un paso seguro en este terreno, y hasta podíamos abandonar la esperanza de que nuestra inteligencia pudiera ser guía fiel en este género de investigaciones. Que si Sto. Tomás de Aquino tuvo la convicción de haber hallado la verdad, si la tuvieron cuantos en su tiempo examinaron sus demostraciones, si la han tenido todos los que después las han reproducido, examinado y admitido por buenas; y no obstante, los descubrimientos de la ciencia moderna, como dicen los ateos, dan por insuficientes aquellas demostraciones y por defectuosa aquella argumentación; razón será que nosotros temamos igual suerte para nuestra argumentación, aunque en ella hagamos alarde de estar al corriente de los modernos adelantos científicos y con ellos la engalanemos y fortifiquemos; porque lo que hoy parezca sólido y contundente, adelantando, como sin duda lo harán, las ciencias físico-naturales, parecerá en tiempos venideros fútil y deficiente. Importa, por lo tanto, aclarar la parte que los adelantos científicos pueden tener en la demostración que busca a Dios por el estudio de las leyes y constitución del Universo.

Evidentísimo parece que si en efecto el Universo es obra de un Creador Omnipotente, que le dió el sér y lo sometió a leyes, cuanto mayor y más ajustado sea el conocimiento que del Universo obtengamos, tanto más se nos hará en él manifiesta la intervención de su Omnipotente Autor y Gobernador sapientísimo. Por esto procede en buen discurso afirmar que si allá en los tiempos de Salomón y de San Pablo era demostrable la existencia de Dios, por la observación y estudio de las criaturas, con mayor razón ha de serlo hoy que de ellas poseemos más cabal conocimiento; y si Sto. Tomás y los demás doctores católicos estuvieron acer-

tados en el camino por donde aseguran llegaron hasta cerciorarse de la presencia de Dios, más fácil ha de sernos a los modernos recorrer con pie seguro ese camino, como allanado y ensanchado y desembarazado de ciertos obstáculos, por la inteligente intervención de la ciencia moderna. Es decir, que si en los comienzos de las ciencias físico-naturales era dable al hombre remontarse desde la contemplación de las obras creadas hasta el conocimiento discursivo del Artífice Eterno, más fácil ha de serle hoy semejante tarea, ya que el mayor conocimiento de los efectos debe graduar el mayor conocimiento de las causas, siempre y cuando pretendamos llegar a éstas partiendo de aquéllos. Así que, presuponiendo que fué un tiempo suficiente la argumentación a favor de la existencia de Dios, sacada de la contemplación y estudio del Universo, debe la misma ser hoy más premiosa y decisiva si se ve auxiliada por los modernos adelantos científicos, y aun lo irá siendo todavía más en cuanto las ciencias físico-naturales vayan progresando, y si éstas llegaran a su perfección, obtendría aquélla los honores de la evidencia. El progreso científico es más útil a la causa de los creyentes que a la de los incrédulos.

Mas no debe entenderse, que los adelantos científicos favorezcan exclusivamente a los partidarios de la existencia de Dios, de tal modo que puedan publicarse como otras tantas ventajas obtenidas sobre los ateos. Por desgracia de la humanidad, y merced a nuestra flaqueza intelectual y a nuestras perdurables preocupaciones, la cosa pasa muy de distinta manera, y es desesperante el contemplar a los ateos alardeando de afianzar su sistema en esos mismos adelantos científicos. Así los adversarios como los partidarios de la existencia de Dios afirman con insistencia que su posición es tanto más ventajosa cuanto mayores son los progresos de las ciencias físico-naturales. Y de este hecho parece deducirse que lo que antes declarábamos haber ganado en fuerza y claridad la argumentación que nos conduce hasta el Creador por el conocimiento de las criaturas, queda

compensado con la mayor solidez del terreno en que los ateos aseguran hallarse colocados. Mas es preciso no confundir las apariencias con la realidad positiva. Si es cierto que la existencia de Dios es demostrable, según afirman los Libros Santos y los doctores católicos, también será cierto que la tal demostración será hoy más clara y convincente que en los siglos pasados, y que irá ganando en claridad y convicción al compás mismo que vaya marcando el progreso científico; y no ha de ser menos cierto que los reparos y objeciones de los ateos han de ser de por cada día más fútiles y deleznales. Cuantas conquistas indisputables hayan hecho hasta nuestros días las ciencias físico-naturales, o no han de ser pertinentes a nuestra discusión, y por lo mismo, ni por nosotros ni por los ateos han de ser utilizadas, o han de hallar en nuestra argumentación su lugar propio y adecuado, y han de servir en ella como de puentes sobre ciertas lagunitas, que eran sin embargo vadeables. Y a la vez que robustezcan nuestros argumentos han de servir de arietes demoledores de los argumentos contrarios.

Acaso parezcan arbitrarias estas afirmaciones, o cuando menos, hijas del amor que nuestra tesis nos inspira; mas abriego la esperanza de que serán admitidas por los lectores imparciales que tengan bastante paciencia para seguirme en el camino que en busca del Autor de la Naturaleza voy a emprender sin más demora. Y esa esperanza está fundada en el hecho de que únicamente he de pedir a la ciencia testimonios irrecusables, y tanto por los ateos como por los teistas universalmente admitidos. Así quedará probado que los adelantos de la ciencia moderna favorecen de un modo muy particular nuestra causa, y que ésta quedará fallada a nuestro favor, sin otra apelación posible, y a satisfacción de ambas partes, el día que nos sea perfectamente conocido el mecanismo del Universo.

† **Eduardo LLANAS, Sch. P.**

Visions britàniques

I

VÀREM arribar a Anglaterra portant a la mà com llibre de viatge *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons* de Edmond Demolins. Aquest ha estat el nostre *Boedeker* en viatjar pel Regne Unit. Encara que no totes les apreciacions de Demolins les hem vist confirmades en la pràctica durant nostra visita. Aquest llibre més que dels carrers, places i vies ferrades de les ciutats d'Anglaterra ens ha fet adonar de la psicologia d'aquesta gent, que ha dut arreu del món, fent-la estimar, la seva llengua i la seva cultura.

No intentem pas estudiar el caràcter dels anglesos. Es una cosa complexa i molts són ja els qui han pretingut fer-ho fracassant en major o menor grau. Solament volem apuntar consideracions lleugeres que ens ha suggerit la visió d'aquesta terra i de les seves coses.

En visitar aquesta illa ço que primerament impressiona un home meridional és la mutació del paisatge. Deixàrem en una jornada calorosa el nostre clàssic Empordà. Traves-

sàrem les Alberes i aquella terra, que a altre domini pertany, ens féu com altres vegades la mateixa impressió de la que deixàrem Pirineu enllà. El mateix pendís en les muntanyes, el mateix pedruscall, les mateixes collites i flora, de les boques dels minyons i de les donzelles eixien el so mateix de la llengua catalana. Agafats a la finestreta del tren com un infant, veiérem com el paisatge es transmudava i vingueren seguidament les salobroses terres de la Provença i vingueren les grans planes de les comarques estrictament franceses. La fosca se'ns tirà al damunt mentres la màquina del nostre tren desfeia quilòmetres vertiginosament. El paisatge del Nord de França passà volant davant de nostre esguard.

Una hora estiguérem navegant damunt les aigües del Canal de la Mànega. En albirar la costa anglesa rocosa i blanca rematada per catifes verdoses reconeixérem que aquesta terra no fou endebades nomenada Albion pels antics colonitzadors. Havíem admirat pintures angleses, havíem llegit descripcions del paisatge britànic, però davant d'ell ens sentírem completament nous. El tren que des de Dover ens dugué a la Metròpoli corria planes i valls totes verdoses. Aquell verd clar brillava fulgent a nostres ulls plens de la llum de les terres del Migdia. El cel tapat tots els dies no deixa fruir a la gent del Nord l'espectacle del sol radiant, la lluna tornant amb sa llum pàl·lida totes les coses d'argent, ni de la visió de les estrelles tremoladisses i porogues. La bella poesia *Twinkle, twinkle little star* que totes les mares i els infants de llengua britànica saben de cor ben poques vegades poden recitar-la esguardant el cel enllumenat. En canvi l'espectacle del paisatge, en els dies estiuencs, no pot ésser més lluminós. Sembla que la terra ofereixi a sos moradors la llum que els núvols no deixen arribar amb esplendidesa. Els camps ofereixen arreu el verd clar de les seves prades immenses. El boix grèvol, les alzines, roures, els arços, els olms i les característiques acàcies de fulla gairebé rodona emmarquen els cultius i voregen les vies dels trens i les rutes infinites que menen a grans pobles i a viles diminutes. Aques-

tes riuen d'ací d'allà mostrant joioses al cel adés la color rogenca de teulades d'obra cuita, adés la lluisor de la llicorella llustrosa. En aquests dies estivals lluen per tot arreu les flors grogues i vermelles; elles són les que ens donen el Déu-vos-guard en arribar a un poblat. El paisatge anglès, les seves prades, sos arbres i ses flors se n'entren endins dels pobles i ciutats amb senzilla naturalitat. No hem vist cap poble sense els seus jardins i les seves flors. En entrar a ciutat no es desfiguren. Cap jardí, ni cap parc no contradiu el paisatge anglès. Hom ho trobà més pulit, més treballat, més perfeccionat però mai estrafet.

Aquesta naturalitat, aquesta manera d'obrar dels anglesos en les coses de la naturalesa la havem notat també en la disciplina ciutadana i cabalment per estar habituats en nostra terra, on tantes coses s'estrafan ridículament, ens ha sobtat pregonament. Nosaltres creiem que la força civilitzada dels anglesos rau precisament en el respecte que tenen a la naturalesa de les coses. Són gent enamorada de lo seu. No es deixen pas ilusionar per les coses d'altri. Les mesuren, les examinen i n'agafen el millor i solament allò que és adaptable a son temperament i a sos costums.

Llegint la història de Liverpool, la ciutat on hem sojornat durant vint-i-cinc dies, sembla que hauria d'ésser una ciutat complicada. Ella ha estat nomenada per tots els anglesos *the gateway of the world*. Del seu port magnífic sobre l'estuari del Mersey—més de 18 kilòmetres de molls—han sortit i surten cada moment naus cap a tots els països del món. Sos habitants intrèpits navegants i colonitzadors han corregut les ciutats i les terres més belles del món. Totes les civilitzacions són conegudes per la majoria de sos habitants. Les seves bibliotèques i museus magnífics, sempre plens de lectors i visitants, hostatgen tresors valuosos de totes les terres de l'Imperi britànic. Ells però tot el que coneixen i troben de bò ho tornen en cosa pròpia. Estan convençuts que la gran força rau en si mateixos, no en el que els altres poden mostrar-los.

Res doncs de complicacions i enfarfecs en la urbanització de Liverpool. Res no hi desdiu, cap edifici us crida l'atenció, cap no us distreu de vostres pensaments. Una dotzena de tipus d'edificació trobareu per les vies ciutadanes de Liverpool. En els barris nous el tipus de casa anglesa està millorat pero sempre és el mateix, elegant i confortable. Els edificis públics s'adiuen també a la edificació de les mansions humils. Uns quants pams de jardinet amb herba tendra o un parell d'arbrissons són els companys inseparables de tota casa anglesa. Sos moradors s'esforcen en omplir de llum llurs morades: la catifa verdosa del llindar, els colors blanquíssims dels finestrals ornats amb graciosos cortinatges de punta, les flors i plantes que sempre trobeu en les cases britàniques us donen una sensació de llum que no trobeu esguardant el cel d'aquesta terra. Dins de les cases tot sembla que està a l'abast de vostra ma.

La vida anglesa també sorprèn. L'anglès en els costums és oposat al canvi sense to ni so. Ama les seves tradicions, conserva els seus usos respectant sempre els dels altres. L'anglès és més serè, més reposat que la gent del Sud. Li plau el seu viure i no l'ilusionen els costums, usos i indumentàries d'altres pobles. L'equilibri en totes les coses és un distintiu del poble anglès. Per la via pública no veieu pas les ridiculeses que en els països del Migdia a voltes us fan enrogir.

Per totes aquestes coses que hem apuntat aquesta terra anglesa se'ns fa simpàtica. D'ella podriem apendre moltes coses, no copiant-les servilment, sino adaptant-les a nostre viure. Bandejant l'anecdòtic, dins de nosaltres mateixos podrem trobar un camí que ens mení millor, amb l'ajut de Déu, pels camins de la vida i de la civilització.

Des de Londres esperem continuar el mes vinent aquestes visions britàniques.

J. PI-FONTANA

Estiuença

UNA mesada de repòs a la masia, qui no l'aprofita? Enguany amb el dolç record de les estones passades l'altre estiu, vaig anar-hi tot esperançat de tornar a fruitar uns bons dies en aquella casa per mi tan estimada.

En arribar a l'estació del lloc, vaig sofrir un bon desengany. Del vagó estant, tot baixant l'equipatge de la xarxa, vaig veure amb dolor, como el *bosquet de la Mare de Déu* fronteriç a la nostra hisenda acabava de desaparèixer empès per la destrual dels llenyataires. A casa, prou n'hi ha de boscos, però no són tan jolius, ni tan frondosos i molt llunyans. Aquell era un bosquet encantador, per això el batejarem amb tan bon nom. Era tota una ubaga de pins i mates flairoses. Era el bosc que, a la vegada per ésser aprop de casa, m'hi portaven els matins quan era infantó

i quan vaig ésser més gran hi anava a jugar, a fer-hi pous i mines, foquets de fullac i jardinets i amb l'escarrotxa de pi labrava barquetes que amb un moment de descuit, quan jugavem a la riviera, l'aigua s'ens l'emportava riu avall.

L'any passat, quan després de tants anys de no acostar-me per aquelles terres vaig voler tornar a reviure altres temps, vaig tornar al *bosquet de la Mare de Déu* tots els matins també i allí tranquilament m'hi passava les hores llegint i escrivint als amics, com si fos de casa estant. Pobre *bosquet!* Ja no seràs el que eres. Un rebassaire t'espera per a fer-t'hi un bon conreu. Aquesta tardor la teva crosta remoguda, restarà, uns dies, plena de fumejants buics i del juny vinent, amb un any, els segadors i garbers t'hi faran damunt teu bones cantades i et regaran amb la suor llur, tot afanyant-se el pa.

De l'era estant he anat contemplant l'agonia d'aquella meravella que es va estingint. Ja només en resta una punta de cap al cim de tossalet. Un recó queda encara amb aquella verdor matitzada. Es tanta l'espessor del bosc que a l'home se li fa quasi difícil l'atac. Dirieu que es resisteix amb braó i quan un pi d'aquells cau, el seu brancatge deixa una estela verdosa, com si s'espolsés un pinsell sucut de color. Espurgats i pelats els troncs vermelleigen com si sangnessin. Uns cavalls sapats, els arrosseguen fins a l'andana de l'estació i a l'endemà un *mercancies* completa l'obra i aquells troncs resinosos que eren l'enveja de la comarca, desapareixen per la foradada veïna en mig d'una aureola de flum blanquinós.

Tant que varem fer i desfer els veïns tots d'aquell paratge per a que ens fós concedida l'estació i tanta joia que

a tots produí la seva inauguració, ara és el nostre martiri. Per ella s'hi escorren tots els boscos del veïnat i de la rodalia. Esbotzant els camins carreters deixant-hi fondes surcades, baixen de muntanya aquelles carretes que jo sols havia vist per terres de Tortosa, amb una parella de cavalls junyits i amb el carreter assegut al cim o al cap d'avall de la pesanta càrrega, segons on convingui donar contrapès en aquella colossal balança amb rodes.

Enguany sense aquest paratge per mi tant deliciós, he tingut de cercar per les hores de sol fort, xopluc a l'ombra de un roure gegantí, veí a l'era de casa. Ell s'ha compadescut de la meva dissort i voluntariós m'ha acollit i junt a la seva soca no hi he tingut ni un moment de tedi fastigós...

Tinc aprop meu la mosseta dels masovers que bressa el seu germà més xic, més enllà i dintre del meteix rotllo de ombra, el seu pare i el mosso que aixadaven el bureig veí. Han vingut a fer "deu hores" d'un cistell que acaba de deixar la la mestressa. Quasi es pot dir que fem junta general d'habitants del mas. Hi mancava el pastor, que encara que vell i feréstec li plau la conversa i la discussió i a l'adonar-se de tan bona avinentesa, a atansat el remat cap al rostoll proper i ha fet *alto* prop del cistell. Ja els sento discutir amb veu baixa per no destorbar la meva feina.

—Què us passa, els pregunto jo, cloguent el meu llibre?
De què discutiu avui, Pere?

—No es veritat senyor, contesta el pastor, que al Banc de Barcelona ja paguen?

Agnilar de SAGARRA

La bondad terrenal

TODO objeto, o mejor, todo sér, tiende de modo natural y necesario a lo que ha de constituir su perfección, esto es, a su fin, ya que tiene *bondad*, una de las propiedades metafísicas del sér. Bondad de un sér es el mismo sér cuando nos halaga, de tal modo que de su posesión resulte un deleite, un bien. Tengo dinero y ello me satisface y me llena al propio tiempo de alegría, porque de su recta posesión resulta para mí una perfección, un medio para el fin a realizar.

Es un aserto ontológico que todo sér tiene su bondad, pero no es menos evidente que hay bondad que repugna al espíritu. Una gangrena no deja de ser en sí una bondad, puesto que se afana en su perfección ulterior, sigue el fin para el que le ha sido dada la existencia; pero aunque en sí sea buena, tenga bondad, no quiere decir que el espíritu, fijándose en ello, lo admita, antes al contrario, desde el momento en que él se da cuenta que aquélla consiste en una usurpación de un bien, en una privación de una bondad mucho más admisible, en un retraso o anulación para realizar un fin o un bien, la rechaza y aborrece e incluso usa de nuevas bondades o remedios para extirparla.

A nuestro entender el campo de bondad para el sér racional, es bastante limitado; puesto que tan sólo uno es

el fin o bien absoluto. La estricta bondad humana es sólo aquella que de su posesión resulta una perfección, un deleite, porque así se realiza o se está a punto de realizar un fin, un bien absoluto y esencial.

Y esto que decimos no es afirmación *a priori*, de pura concepción filosófica, ya que la conciencia bien nos asegura que toda bondad que no tenga por fin último ese bien absoluto y esencial, es una bondad ingrata, una bondad que lacera el espíritu y depresiona el ánimo.

Estamos rodeados de bondades ¡quién lo duda! Donde ponemos los ojos vemos un bien futuro, y la vida práctica es pródiga en ellos; pero esas bondades o bienes repugnan al espíritu sano, esos bienes desdican del espíritu recto y sobrio. Porque decir que un bien de esa clase es para el espíritu necesario, porque constituye en él un deleite e incluso una perfección, es desconocerse a sí mismo, es dar oídos a la conveniencia pasional.

No son esos bienes los jalones que han de conducirnos al bien absoluto, al fin supremo, ni son esos bienes un deleite físico y espiritual, ni perfecciones aceptables y necesarias. Esos bienes los considero como de bondad en sí, pero repugnantes sobremanera al espíritu; porque consisten en la privación de un bien que se posee y en una imperfección no poseída.

Como ejemplo práctico, supongamos que hemos sido invitados para una fiesta que nos ofrece mucha perspectiva por las muchas cosas que vamos a gozar. Nuestro contento es evidente, ya que se trata de un bien que nos va a deleitar. En efecto, todo bien es un deleite; es así que eso nos deleitará; luego será un bien futuro. De la posesión de dicho bien, resultará un descanso para el espíritu, ya que sentirá satisfacción y si ésta es el fin hacia el cual tendemos, resultará una perfección próxima a entrañarse en él.

Perfectamente. Supongamos ahora que ya nos hallamos en plena fiesta, que la disfrutamos. Nuestro ser se sume en las regiones inefables del goce, del placer y del bienestar, e incluso se sublima ante la diversión y el esplendor.

dor y olvida las penas que antes le afligían. Pero a pesar de todo, no pretendamos engañar al espíritu, no pretendamos ilusionarnos. Sentimos que gozamos, es verdad, mas también sentimos que padecemos. Esas dos cosas son correlativas y se dan en todo goce, en todo placer terrenal.

Nuestro espíritu, al mismo tiempo que disfruta, padece, siente malestar, goza, pero ello es incompleto y contradictorio, porque no es evidente un goce con malestar.

Es obvio que estando en la fiesta, magüer todo el deleite capaz, el espíritu reflexivo darse cuenta de que sólo solaza sus sentidos, en tanto que él, aun queriendo participar de ello, se encuentra imposibilitado, debido a que mira en lontananza, columbra el resultado de todo y prevé que el goce ha de tener su fin y todo ha de acabar y restar relegado a la categoría de recuerdo, el cual viene a ser o constituir cierto estado de inquietud o intranquilidad para el espíritu, la mayor parte de las veces.

Esto y sólo esto es lo que causa esa interna tristeza que se siente cuando la fiesta va a terminar. Los goces ya han pasado; ¡lo que fué ayer futuro, fué presente de modo fugaz para pasar a ser pretérito eternamente! La inteligencia no ha disfrutado, porque la bondad de la fiesta no la satisface y sí sólo a los sentidos. El deleite ha de ser intelectual y duradero, y, como esa fiesta no lo es, la mente está de cara a lo fino, a lo perecedero, y esto la conturba y esto la aflige.

Tan cierto es esto que aún de ello no se escapaban, por ejemplo, los emperadores romanos, con su vida tan regalada, llena de placer, de belleza, de amor, en su grado más culminante, y, sin embargo, no hay inconveniente en afirmar que el César y sus favoritos más de una vez creerían gozar y no gozarían; puesto que hay la perspectiva del término, de la decrepitud, del exceso y de la muerte. ¡El sentido se regala, mas no la inteligencia, don purísimo del creador!

No es ley para la inteligencia el goce contingente o terrenal; no es su fin la diversión mundana. Todo se dedu-

ce del simple hecho de que en el deleite no gozamos. El objeto de la misma es la verdad y de ella irradia todo bien, todo goce, el cual es perenne. Mi espíritu anhela por saber cualquiera verdad metafísica, o sea, hallar la bondad del objeto, y no hay duda que esta visión futura le produce una satisfacción igual a la proximidad de la fiesta; y cuando llega el momento solemne en que la inteligencia se compenetra perfectamente de tal verdad, experimenta un goce, un placer que no se ve ofuscado por idea alguna de fin, sigue el intelecto entiende que la verdad es algo constante e inmarcesible.

En el placer terrenal la inteligencia no goza por ser todo fugaz e inestable. El momento es aborrecido por ella, porque puede ser causa de su perdición. En el piélago de la materia todo es mecanismo y brutalidad, y do ella impera todo es ceguera, todo es fin dejado al azar y todo es pasajero por estar sujeta al tiempo y al espacio.

Realizamos una obra caritativa y nos produce un bienestar a la par que nos conmueve, imbuyendo en nosotros una perfección, ya que todo nuestro sér descansa, y nuestra mente no se preocupa de lo fugaz, porque es ella quien disfruta y no la materia.

Por eso ratificamos lo que decíamos: que el campo de bondad para el sér racional es bastante limitado. La bondad o goce terrenal no constituye una senda para llegar al fin supremo, al bien absoluto y esencial. Sólo lo perenne, lo imperecedero, es lo que nos inclina a dicho fin y a dicho bien.

Cuántas veces nos hemos solazado, y cuando hemos terminado, cierta melancolía ha invadido nuestro interior y hemos llegado a exclamar con un dejo de amargura, las siguientes sinceras palabras: —¡Ojalá no lo hubiera disfrutado!—Signo tangible de que el placer es más bien un dolor, una vera sirena, un resultado de que la materia no puede convertir nada que la refocile, fuera del tiempo y del espacio.

Francisco de P. RIBELLES BARRACHINA

La Religión Musulmana

II

EXAMINEMOS hoy el carácter, costumbres y cultura de los árabes, desde sus más remotos tiempos:

Dáse el nombre de beduínos (de *bid*, desierto) a los individuos de las tribus nómadas árabes descendientes de Israel. Hállanse esparcidos por Siria, Egipto y otras partes de Africa.

Les está prohibido, bajo inexorable pena de muerte, sembrar trigo y plantar árboles frutales. En pleno desierto tienen depósitos de fábrica subterráneos, de donde recogen el agua en abundancia. De este medio se aprovechan para atraer hacia sí al enemigo, el cual no pudiendo soportar la sed abrasadora es fácilmente vencido.

Su alimentación es frugal: carne, leche y algunos otros productos naturales.

Dozy⁽¹⁾ dice que: «... Los beduínos de nuestros días conservan aún en toda su pureza el espíritu que animaba a sus antepasados, contemporáneos de Mahoma, y no hay comen-

(1) Dozy: «*Historia de los musulmanes de España*», t. I, pág. I.

tarios más exactos sobre la historia y la poesía de los árabes paganos que las noticias aportadas por los viajeros modernos acerca de las costumbres, los trajes y maneras de pensar de los beduínos actuales», y sigue escribiendo que el beduino tiene ideales de paz, haciéndole exclamar: «No reconozco otro dueño que el del Universo». Los beduínos pásanse sin Gobierno; en el desierto o desiertos en que viven todos son iguales.

Preguntado Araba, prestigioso jefe (*jeque*), cómo había conseguido escalar su elevado puesto entre las gentes de su tribu, tras una rotunda negativa de serlo, declaró: «Cuando las desgracias han aquejado a los de mi tribu, les he repartido mi dinero; cuando alguno ha cometido una ligereza, he pagado la multa por él, basando siempre mi autoridad en el apoyo de los hombres más bondadosos de la tribu. Entre mis compañeros: el que no ha podido hacer tanto como yo, está menos considerado; el que puede hacer lo mismo es mi igual, y el que me sobrepuja es más estimado que yo» (1).

Si la paz se reducía a un ideal, forzosamente habían de ser predominantemente bélicos. «Sin guerra no hay botín y sin botín no podían vivir los árabes». Batallaban incesantemente durante ocho meses, los cuatro restantes, los habían de dedicar al comercio.

En el orden penal tenían reconocida la odiosa institución de la venganza privada.

El que sabía nadar, disparar el arco; el que poseía una idea más elevada de la libertad, de la literatura y del valor, se le designaba con el nombre de *Perfecto*.

Su carácter hospitalario, su profundo conocimiento del honor y su educación tan pulida y refinada, los enaltece. En cambio, sus bárbaras costumbres, la de enterrar vivas, por ejemplo, muchos padres a sus hijas en cuanto nacían; el respeto a la venganza; su rapacidad; su afición, en fin, un tanto desmedida por los juegos de azar y al vino «antes de que les fuese éste prohibido por Mahoma», les hace odiosos...

Lenormant escribe: «... Los habitantes del Hedjaz y del Nedjd no empezaron a usar de la escritura hasta el siglo VI».

La religión fué en un principio meramente idólatra, pero

(1) Dozy, ob. citada. El mismo autor aconseja consultar Mobarrad, pág. 17 y Aben Nobata, en Rasmusen: Adit. ad. his. Arabum, pág. 18.

no se preocuparon los beduinos en forjar historias alrededor de aquellos dioses. Después llegaron hasta a adorar ciertas piedras, entre las que se contaba la llamada *Kaal*, que no era más que un aerolito, que decían caído del cielo. Más tarde la religión fué dispersándose de manera tal, que fueron muchas y muy diversas, p. ej.: conocían el cristianismo, el judaísmo, el sabeísmo y el magismo. Y, como dice un autor, los *antiguos árabes*, unos adoraban el Sol, otros la Luna, etc. De todas esas creencias se supo aprovechar un hombre excepcional: Mahoma.

* * *

«La Arabia—escribe en sus *Apuntes de Historia de España* el Dr. La Torre—en su interior es un verdadero desierto, y sólo en el litoral existen zonas propicias a la cultura.»

Sus primeros pobladores fueron: los *additas*, al Sur, descendientes de Cham; los *amalicas*, pueblo mixto de origen semítico-chamítico, al Norte de Arabia, y, en fin, los *araulos*, de raza netamente semita. Y mucho más adelante, después de haber arribado los *jactánidas*, llegaron los árabes *ismaelitas*, descendientes de Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Agar, que ocuparon la parte central, repartiéndose después por toda la Arabia.

Esta península se hallaba dividida en tres partes: *Arabia Desierta*, *Arabia Feliz* y *Arabia Pétrea*. Hoy se halla dividida en seis regiones: Hejaz, Yemen, Hadramant, Omán, Hassa y Nedjd (Nedjed).

Nosotros, en la exposición de subsiguientes artículos, la dividiremos en tres partes distintas: El *Irach*, que está junto a Persia; el *Hechaz*, que está lindando con el mar Rojo, y el *Yemen*, que está junto con ellos.

Los árabes se hallaban divididos en dos troncos principales y rivales entre sí: Los *Yemeníes* y los *Modaríes*. Estos últimos, a su vez, quedan divididos en dos familias: los *Coreich* y los *Yihivíes*. Los primeros residían en la Meca, los segundos en los arrabales.

Las clases sociales: *Libres* (con todos los derechos). *Cliéntela* (con carencia de algún derecho). *Siervos* (sin derecho alguno. Tratados como cosa).

En el próximo artículo hablaremos de Mahoma y su religión.

Luis LASHERAS

Pau entre els homes

ELS diaris d'aquests dies ens enteren de l'acord pres a Dinamarca, per tal de suprimir en absolut les seves milícies de mar i terra, deixant subsistent tan sols una petita guarda de frontera, i estalviar-se així les formidables despeses que ocasiona el manteniment de l'exèrcit.

Suara, que es parla tant del desarmament de les nacions i sembla que s'hagi estudiat seriosament semblant afer en assemblees internacionals i la *Societat de les Nacions*, empenya per les corrents pacifistes, concreta semblants aspiracions en acords que accepten tots els Estats adherits, amb l'objecte d'evitar algunes de les possibles contingències fàcils d'escaure's entre ells, provocadores de noves lluites sagnants, bé està de fixar la nostra atenció en la fórmula expeditiva de desarmament que ha emprat Dinamarca.

Aquesta determinació és un suïcidi de la pròpia llibertat nacional? Atès que la única raó per la qual els Estats esmersen llurs diners i el més escullit de llurs fills en profit de les armes, és la de salvaguardar la independència del país, davant de possibles agressions dels seus veïns, podria semblar lògica la resposta afirmativa de l'esmentada pregunta; però, no la contesten així, els nostres amics danesos.

Els creuen, que el dia en que qualsevol invasor vulgui atemptar llur independència nacional—talment com ho fan tots els pobles—s'uniran tots els estaments socials i sense distingir edats ni sexes, emprant les armes que primer tinguin a ma, oferiran una muralla forta i valerosa, davant la qual tornarà enrera l'invasor més ben preparat. Altrament, mentre aquest de temps haurà invertit els seus cabals en assajar-se per la guerra i en comprar metall pels seus armaments, els quals es trobaran en una disposició bèl·lica més o menys discutible a l'arribar aquelles jornades, els nostres assenyats amics, durant els dies de pau hauran dedicat íntegrament el seu esforç en perfeccionar el seu utilitatge de treball i en donar un augment cultural al seu poble i quan vingui l'agressió incivil, sabran repel·lir-la amb la riquesa material i la més acabada disposició d'ànim, els quals són els mitjans més expeditius per aconseguir els armaments i els soldats que condueixen a les nacions vers la victòria.

Hom dirà que Dinamarca és un país petit, sense colònies a sosmetre i que per tant no haurà de menester la força armada, pel seu viure quotidià i pacífic, com el necessiten altres països, els quals, com aquella monarquia, també estan segurs de repel·lir qualsevulla agressió estrangera amb el sol esforç dels seus fills.

Ben cert, que ens sembla una cosa extraordinària i merèixedora de l'admiració més gran, aquesta confiança que té el Govern de Dinamarca amb els seus súbdits; no sabem

pas, si es fia de que ells són exageradament dòcils—cosa que no creiem acceptable, car no s'adiu amb la rebel·lió contra una possible dominació estrangera—o bé de que regirà els destins del país a gust de la immensa majoria, en quincas, no podem deixar de traslluir la nostra satisfacció per semblant seguretat dels homes que avui governen aquell país escandinau.

Veritablement Dinamarca no té colònies: com a tals podrien considerar-se però, la grandiosa illa de Islàndia, l'immens territori de Groenlàndia i tres de les petites Antilles, on hi oneja el drap de la creu blanca, si bé s'escau que gaudeixen d'una autonomia amplíssima, i per tant no han donat mai cap contratemps a la Metròpoli, ni és fàcil que d'ara endevant hagin de proporcionar-li.

Havem vist algunes de les fotografies de la sessió de la Cambra, prenent tan trascendental acord i de les manifestacions veritablement patriòtiques i entusiastes (amb les façanes de les cases ornades amb draps nacionals i les multituds atapeïdes pels carrers) a fi de solemnitzar la reincorporació de tots els estaments socials a la vida del treball i comprem amb tota la seva amplitud el goig d'aquell país petit i feliç que pot realitzar una innovació tan atrevida, sense que s'en ressenti cap fibra nacional i, perquè no dir-ho? fins i tot els esguardem amb certa enveja.

Tot el món, que de veres desitja la pau entre els homes, aquella pau que va predicar-nos Crist al dir-nos que ens estimem com germans, celebra també aquesta realitat pacifista, del desarmament absolut d'una nació, i veu en ell el veritable camí iniciat per evitar les guerres.

Rafel CARDONA I MARTI

Necrológica

EL día once de Agosto último entregó su alma a Dios, después de corta enfermedad y con la envidiable muerte del justo, en el Colegio de S. Rafael de la Habana, el Rdo. P. Tranquilino Salvador y Cabo, profesor meritísimo de las Escuelas Pías. Su labor magisterial, especialmente en la enseñanza de la Literatura Castellana, se desarrolló en Valencia y en el Colegio de Mataró, en la Península, y en los de Guanabacoa y la Habana en Cuba, a donde llegó en el año 1910.

Por la prensa cubana nos enteramos de las sentidas manifestaciones de duelo de sus discípulos, admiradores y amigos de la Escuela Pía, que resume «El Diario de la Marina» en esta frase: «Sirva de consuelo a los Padres Escolapios el pensar que si han perdido un sabio en la tierra, han ganado un Santo en el Cielo, pues lo son todos cuantos como el P. Tranquilino Salvador han pasado por el mundo dejando huellas de bien, de amor y de deber».

Aunque bastante reacios a la publicación de poesías, hacemos una excepción y honramos nuestras páginas con la última producción del malogrado vate calasancio, que parece intuición o presunción de su cercano fin, acompañándola de la bella aco-tación en la que descubrimos la pluma de un distinguido literato y dignísimo Superior en la Perla de las Antillas.

LA CANCION DE LA VIDA

Es la vida, presumida
y enigmática ilusión...
Dulce arrobó de la vida,
¿Por qué rápida te lleva la ficción?

Yo fui niño: la esperanza
luz, deseo, — me atraía,
y en extrema lontananza
tras la nube del misterio se escondía.

Y las almas requiriendo
del instinto de vivir,
fui mi meta persiguiendo,
perseguido, sin poderla conseguir.

La vida se muere, la vida se va.
¿Dónde irá?

Y sentíme adolescente
—era el fuego, la pasión,—
allá lejos, sonriente,
me atraía, me robaba el corazón.

Pero tanto se alejaba...
yo en su busca me lancé;
ya mi mano se quemaba,
y en un piélago de tedio naufragué.

La vida se muere, la vida se va.
¿Dónde irá?

Insensible, ya marchita
mi pasada juventud,
vuelve a arder la lucecita
presidiendo, cual mi cuna, mi ataúd.

Y temiendo venza el plazo
y eclipsada vaya a huir,
yo a sus hálitos me abrazo.
¡Oh dulcísima esperanza de vivir!!!

La vida se muere, la vida se va.
¿Dónde irá?

Es la vida, presumida
y enigmática ilusión
que a la dicha nos convida;
pero aléjala y nos mata el corazón.

—Y al huir con tal premura,
nuestra vida ¿dónde va?—

—Por encima de la humana desventura,
más allá,
el vivir nos asegura,
y la sed que nos tortura
calmará.

«La canción de la vida» fué la última poesía que escribió el bien querido y bien llorado P. Tranquilino Salvador, Profesor de Literatura de las Escuelas Pías. ¡La *canción de la vida* casi en vísperas de la muerte! La canción de esa vida que *se muere*, que *se va*; la canción de esa vida cuya *lucecita* al marchitarse la flor de los años juveniles *preside nuestra cuna y nuestro ataúd*.

El poeta temiendo que *eclipsada vaya a huir*, se abraza en vano a sus hálitos. La *lucecita* se eclipsó. El poeta no cantó más.

La *lucecita* resplandece sin embargo serena e inextinguible en la inspiración, honda y melancólicamente resignada de esa canción y de las demás que entonó desde el alma, desde la sencillez de Fray Luis de León y de Santa Teresa, sin fosforescencias retóricas, el vate escolapio. ¿*Dónde va la vida?*, pregunta el P. Tranquilino. La de él no ha ido: ha ascendido hacia la luz de la inmortalidad.»

R. I. P.

les lletres i les arts

M. GUIU CASANOVA.—*Libros para mi hijo*.—Imprenta de A. Ortega. Barcelona.

Acaba de aparecer el segundo de la serie, titulado: *Primera parte del Cálculo elemental*. Por tratarse de un libro en el que el autor no tiene que sujetarse a programa determinado, se le ofrece ancho campo para distribuir las materias a su gusto y en la extensión que cree más conveniente.

Empieza por la cantidad y número acompañándolo con abundantes ejemplos. Sigue después un capítulo, demasiado breve quizá, sobre límites y otro sobre cantidades dirigidas que constituye gran acierto. A continuación y en varios capítulos expone los números y sus operaciones suma, resta, multiplicación y división; consecuencias de estas operaciones y propiedades de las fracciones. Siguen después la potenciación, radicación y logaritmicación con bastante generalidad y muy acertadamente. Expone luego el cálculo de radicales, números imaginarios y racionalización; esta última por modo muy breve. Las propiedades de series de fracciones iguales y variación de funciones constituyen otros dos aciertos del autor. Siguen luego la variación de la función A^x , propiedades generales de los logaritmos, progresiones y logaritmos decimales,

que es lo vulgar y corriente, seguidas de una breve explicación de tablas. Viene después la clasificación de expresiones literales, que es excelente, la clasificación de las relaciones y el carnaval de los números. Por último termina el autor con un acertadísimo capítulo sobre análisis y síntesis que es sumamente didáctico.

El conjunto del libro es bueno, saliéndose, en algunos casos, de la rutina dominante en esta clase de libros; sirvan de ejemplo lo bien que trata lo referente a vectores. Es también muy de alabar la explicación moderna de número irracional, mediante las cortadura de Dedekind.

Cabe hacer, sin embargo, algunas observaciones al autor: en el primer capítulo al hacer la clasificación de números afirma que, los imaginarios no son positivos ni negativos, y luego en el capítulo tercero admite para todos los vectores sentido positivo y sentido negativo; añadiendo después que los vectores de argumento 0° o 180° son o representan números reales y los de argumento distinto de 0° o 180° son imaginarios; en ello incurre el autor en contradicción.

En el capítulo VI llama a los radicales de grado par de un número negativo, raíces imposibles; ya que según el autor no existe número positivo ni negativo que elevado a un exponente par nos dé un resultado negativo; tampoco en esto está en lo cierto, pues explicada la teoría de los vectores de los cuales las cantidades reales no son más que un caso particular, todas las raíces son posibles. Lo único que puede decirse en todo caso, es que: no existe ningún número *real* positivo ni negativo que elevado a exponente par dé por resultado un número negativo.

Al hablar de la unidad imaginaria afirma que el cuadrado de i es igual a -1 por convenio; ya que en realidad, como cree hacer ver el autor en una nota, es igual a ± 1 . No hay tal, aunque así lo afirmen infinidad de autores; porque siendo $i = \sqrt{-1}$, se tendrá por definición que $(\sqrt{-1})^2 = -1$. Además de que, si no se quiere acudir a ella, obsérvese que $\sqrt{-1}$ tiene dos raíces, la de especie 0 y la de especie 1, es decir, 1_{90} y 1_{270} y al hacer el cuadrado debe *necesariamente* tomar iguales los dos factores y entonces tanto $1_{90} \times 1_{90} = 1_{180} = -1$ como $1_{270} \times 1_{270} = 1_{540} = 1_{180} = -1$ reproducen el radicando -1 y no ± 1 .

Finalmente, en el capítulo del carnaval de números dice que: $\lim_{\alpha \rightarrow 0} (1 + \alpha)^{\frac{1}{\alpha}} = e$ y también que $\lim_{\alpha \rightarrow 0} (1 + \alpha)^{\frac{1}{\alpha}} = (1 + 0)^{\frac{1}{0}} = 1^\infty$ concluyendo de aquí que $e = 1^\infty$. La primera afirmación es cierta, la segunda falsa, siendo absurdo por consecuencia que $e = 1^\infty$.—M.V.

DEL 23 al 30 de este mes de Octubre se celebrará en Valladolid una Semana ascética en conmemoración del Tercer Centenario de la muerte del insigne escritor ascético y gran maestro de la vida interior, Rdo. P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús. Además de estudios acerca de las varias obras del insigne escritor vallisoletano, distinguidos miembros de venerables Ordenes religiosas darán conferencias sobre los místicos más notables de cada una de ellas. La Semana se dividirá en secciones, cuyo cometido especial será el restaurar la genuína vida ascética en los diversos estados y condiciones de la vida cristiana, según la edad, sexo, profesión, etc.

El Venerable P. La Puente nació en Valladolid el 11 de Noviembre de 1554; ingresó en la Compañía en 1574. Pronunciados sus votos religiosos fué aprovechado discípulo del P. Francisco Suárez, el *Doctor eximio*. Enseñó Filosofía en el Colegio de León. Fué maestro de novicios en Villagarcía, Rector del Colegio de San Ambrosio en su patria. Por orden del General P. Claudio Aquaviva visitó los Colegios castellanos. Su santa muerte ocurrió el 16 de Febrero de 1624 y su sepulcro, en la iglesia del propio Colegio de San Ambrosio, ha sido objeto de piadosa veneración durante tres siglos.

Sus obras, que le han granjeado fama universal, son: «Meditaciones de los misterios de nuestra santa Fe, con la práctica de la oración mental», distribuídas por la vía purgativa, iluminativa y unitiva. Valladolid, 1605. «Guía espiritual», Valladolid, 1609. «De la perfección cristiana», 4 volúmenes, Valladolid y Pamplona, 1612-1616. «Vida del P. Baltasar Alvarez», Madrid, 1615. «Vida de Doña Marina de Escobar», Madrid, 1616. «In Cantica Cantorum», Colonia, 1622. «Directorio espiritual», Sevilla, 1625. «Sentimientos espirituales», Sevilla, 1671, y «Práctica de ayudar a bien morir», Sevilla, 1672. De ellas se han hecho muchas ediciones y han sido traducidas a varias lenguas.

El insigne maestro Milá y Fontanals formulaba el siguiente juicio acerca del P. La Puente: «es fácil, claro, igual, expresivo y armonioso, lleno de doctrina al mismo tiempo que exento de vanos adornos». El notable escritor sevillano Fernández-Espino decía: «Suave, amoroso y didáctico siempre, sus maneras de decir, si bien sencillas, van acompañadas de gran novedad y de una armonía apacible que recrea tanto los oídos como el alma. Rara vez se eleva a lo sublime, pero nunca desciende a lo bajo o a lo trivial. En suma, docto como el que más de nuestros escritores sagrados, hábil en la exposición de las doctrinas, con tal encanto al presentarlas que se acerca al que produce Santa Teresa, y hablista correcto, flexible y claro».—E. A.

JOAN SERRA I CONSTANSÓ.—*Mig segle de vida igualadina*. Volum primer (1865-1880).—R. Tobella, impressor; Barcelona 1924.—Editat en paper Guarro; 165 pàgines en quart.

Va precedit el llibre d'unes ratlles d'En Jaume Serra Iglesias, donant-nos a conèixer el seu autor, home d'un viure senzill si bé apassionat per les contingències espirituals de la seva ciutat, l'amor vers la qual el portà a recullir des de jove algunes anècdotes que suara es donen a la llum pública pels seus amics, junt amb una acabada impressió de les vicissituds per què ha passat la seva estimada Igualada.

Resulta d'interès remarcable tota la narració per les èpoques que enclou i la manera fàcil i habilidosa amb que sap explicar-les. Són d'esmentar principalment els seus capítols sobre «La gloriosa», «L'alçament dels republicans», «L'entrada dels carlins», «L'espectacle de la guerra», i tots aquells que es refereixen a fets històrics que el narrador va viure quan fou infant, propici de deixar l'escola per estar atent al xafardeig del carrer i als successos que s'hi esdevenien; la ingenuïtat de la narració, situant al lector en els dies de quan era noi, contribueix encara més a satisfer el desig de la seva lectura.

Ella, fa agradable fins la descripció de les lluites de nois pels carrers, que ens explica en «Les pedrades», tan adients amb la ferocitat que demostraven els homes en les lluites guerreres de que era testimoni Igualada i que posen de relleu l'estat de salvagisme de l'època, el qual convertia el trencar-se el cap tirant-se rocs, en un espectacle que esguardaven els igualadins des dels llocs més propicis on «hi havia una muralla de gent presenciant i seguint amb interès els incidents de la lluita».

L'amor d'En Serra i Constansó, per l'«Ateneu Igualadí», inaugurat pel general Prim, es manifesta també, en la narració que comentem i fa bonic llegir les seves paraules de conformació davant la foguera de l'invasor que el converteix en runes, car posa de manifest la confiança de l'home de voluntat que sent remoure el seu esperit per un ideal; per xò diu: «Lo que pogueren cremar, foren les parets, els llibres, els mobles, tot allò que no té ànima i que unes quantes pessetes poden refer. Lo que no els va ésser possible destruir fou l'esperit de la institució, que mantingueren viu una pila de socis». — R. C.

**AQUEST NUMERO DE LA ACADEMIA CALASANCIA
HA PASSAT PER LA CENSURA MILITAR**